

El Señor Krishna y el vigilante

Narrada por Ian Arnold

La ciudad sagrada de Vrindavan es reconocida como el lugar donde el Señor Krishna pasó su juventud. En los siglos posteriores a que el Señor caminara por la tierra de Vrindavan y los abundantes bosques a sus alrededores, la ciudad permaneció como un centro de devoción, una ciudad repleta de templos dedicados a él.

Esta historia tiene lugar en uno de esos templos de Vrindavan. Era un templo muy hermoso, en verdad, una vista para contemplar. Magníficos arcos de piedra del color del marfil enmarcaban la entrada. Los techos estaban decorados con elaboradas pinturas de la vida del Señor Krishna, un *kalash* dorado centelleaba en la cima de la cúpula aún más que el propio brillo del templo.

En el santuario más interno del templo, había una resplandeciente *murti* del Señor Krishna. Esta *murti* era de tamaño natural y de un luminoso azul oscuro; la cabeza del Señor Krishna estaba adornada con una majestuosa pluma de pavo real y con una corona de oro con un gran diamante incrustado. Los devotos de lugares cercanos y remotos visitaban el templo para recibir el *darshan* del Señor, y experimentar su radiante presencia cada uno en su corazón.

Cada noche, un vigilante se apostaba a las puertas del santuario, protegiendo de los ladrones el templo y la *murti* del Señor Krishna. Durante quince años, el mismo vigilante había estado de guardia desde el anochecer hasta el amanecer, asegurándose de que la *murti* del Señor Krishna estuviera a salvo.

El vigilante era un ferviente devoto del Señor Krishna. Desde muy joven, había memorizado docenas de *bhajans*, cánticos devocionales, en alabanza a su Señor. Durante toda la noche, el vigilante cantaba *bhajan* tras *bhajan* al Señor Krishna mientras montaba su guardia.

Una noche, tarde, mientras el vigilante velaba, pasó caminando el sacerdote del templo, quien vivía a poca distancia. Había tenido problemas para conciliar el sueño y, después de dar vueltas en la cama durante tres horas, finalmente decidió dar un paseo por su vecindario. El sacerdote era un hombre mayor que había estudiado las escrituras indias y estaba muy orgulloso de su aprendizaje. También era un muy respetado músico y cantante de música clásica de la India.

Cuando el sacerdote se acercó al templo, se sorprendió al escuchar un sonido horrible y chirriante que salía del interior. Rápidamente abrió las puertas del templo. Una vez dentro, descubrió al vigilante parado frente a las puertas del santuario, meciéndose hacia adelante y hacia atrás y cantando un *bhajan* en voz alta. La voz del vigilante sonaba nasal, estridente, completamente desafinada.

“¿Qué rayos crees que estás haciendo?” gritó el sacerdote. “¡Este es el templo del Señor Krishna! ¡Tu fea voz está destruyendo la santidad de este espacio. El Señor mismo está detrás de esas puertas, tratando de dormir!”.

El vigilante, igualmente sorprendido, estaba a punto de abrir la boca, pero el sacerdote seguía gritando.

“¡Abandona este templo de inmediato y nunca más vuelvas a mostrar tu rostro aquí!”.

El vigilante, en estado de shock, salió corriendo del templo. Durante varios minutos después, el sacerdote seguía echando humo de indignación.

¿Quién se cree que es, cantando al Señor con una voz así?

Finalmente, la mente del sacerdote se tranquilizó.

Quizá fui un poco duro con el vigilante, pensó. Aunque seguramente profanó el templo con su voz espantosa, ha sido un vigilante leal durante quince años. Y ahora no hay nadie más para proteger el templo más que yo. Debería haber pensado más en eso.

El sacerdote decidió hacer guardia durante la noche para en la mañana, comenzar la búsqueda de un nuevo vigilante.

Apenas había pasado una hora cuando el sacerdote escuchó lo que parecían pasos provenientes de detrás de las puertas del santuario interior.

Tap, tap, tap.

¿Qué fue eso? se preguntó el sacerdote.

Revisó las dos puertas del santuario, pero seguían cerradas. Seguramente nadie podría haber pasado por su lado. Había estado despierto todo este tiempo, ¿no?

Tap, tap, tap.

El corazón del sacerdote comenzó a latir más rápido.

¡Quizá, especuló, un astuto ladrón ha descubierto de alguna manera una entrada secreta al santuario! El sacerdote abrió las puertas y entró.

Mirando la escena frente a él, el sacerdote se tapó la boca con la mano.

Allí, bajo la luz de la luna que se filtraba a través de las ventanas del santuario, el Señor Krishna caminaba de un lado a otro en su pedestal.

¿Es posible? pensó el sacerdote.

Sí, de hecho lo era. Allí estaba el Señor mismo, con su luminosa forma azul oscuro y su corona resplandeciente, caminando bajo la luz de la luna.

¡Qué noche más bendita! se dijo el sacerdote. *Como me deshice de ese insolente vigilante, ha ocurrido un milagro. El Señor Krishna ha venido a honrarme por mis nobles acciones.*

“¡Oh, Shri Krishna *bhagavan!*” exclamó el sacerdote. “¿Qué he hecho, mi amado Señor, para merecer este *darshan* tan auspicioso, inmenso e inesperado?”

El Señor Krishna dejó de caminar y se quedó quieto. Miró al hombre que tenía delante y frunció el ceño.

“No puedo dormir”, respondió el Señor. “El hombre que me canta canciones de cuna durante toda la noche ha dejado de cantar”.

Una vez más, el sacerdote quedó atónito. ¿*El Señor Krishna acaba de llamar “canciones de cuna” los aullidos del vigilante?* se preguntó.

Después de unos momentos, el sacerdote recuperó su ingenio y le aseguró al Señor Krishna: “No te preocupes, mi Señor. Cantaré para ti. Soy un músico virtuoso. La gente de toda la India conoce mi nombre”.

El sacerdote se apresuró a recuperar su tamboura de la habitación contigua, la afinó cuidadosamente y comenzó a cantar el mismo *bhajan* que había oído cantar al vigilante. Su voz era suave como el terciopelo, sus notas precisas, su tamboura sonaba impecablemente.

Después de escuchar unos momentos, el Señor Krishna agitó las manos y le indicó al sacerdote que dejara de tocar.

El sacerdote se sobresaltó. *Al Señor no debe gustarle ese bhajan*, especuló. *Voy a cantarle otro.*

Cuando el sacerdote estaba a punto de abrir la boca para reanudar el canto, el Señor Krishna habló.

“Oh, sacerdote, muchos de los mejores y más diestros músicos que han existido han actuado para mí. Pero rara vez tengo el privilegio de escuchar una voz como la del vigilante. Durante quince años, lo he escuchado todas las noches con gran alegría. Alivia mi alma”.

"Pero, pero mi Señor", balbuceó el sacerdote. "El vigilante no tiene oído musical y su voz es de una cabra vieja. Prometo que puedo consolarte con mi música. Déjame tocar mi tamboura para ti una vez más mientras te relajas con su suave vibración".

El Señor Krishna negó con la cabeza. "Ve a buscar al vigilante y rápido".

El sacerdote no pudo discutir más. Así que fue directamente a la casa del vigilante. De pie fuera de la puerta principal, escuchó el sonido amortiguado de los sollozos que venían del interior. Respirando profundamente, el sacerdote golpeó tres veces la puerta principal.

Después de varios momentos, el vigilante abrió la puerta. Las lágrimas corrían por su rostro.

"¿Por qué estás llorando?" preguntó el sacerdote.

"Oh sacerdote, me han separado de todo lo que me es máspreciado", dijo el vigilante. "De mi amado templo. De mi amado Señor. Solo vale la pena vivir mi vida al servicio del Señor Krishna".

"Bueno, tengo buenas noticias para ti", dijo el sacerdote, mirando al piso. "El Señor Krishna te pide que le cantes".

El vigilante se quedó sin habla.

"Bueno, no te quedes ahí parado. ¡El Señor está esperando!" exclamó el sacerdote.

El vigilante y el sacerdote se apresuraron a regresar al templo. Cuando llegaron y abrieron las puertas del santuario, el Señor Krishna todavía estaba paseando.

“No pude dormir después de que te fuiste”, dijo el Señor Krishna, de pie ante el vigilante. “Por favor, haz tu guardia y canta tus *bhajans* como lo has hecho todas las noches”.

El vigilante, que había caído de rodillas, miró asombrado al Señor azul. Se puso de pie, asumió su posición junto a la puerta y comenzó a cantar. Su voz era tan discordante como siempre; se bamboleaba y vacilaba aún más. Pero, cuando el sacerdote miró al Señor Krishna, vio que los ojos del Señor Krishna estaban cerrados y una suave sonrisa se extendió por su rostro.

El sacerdote también cerró los ojos y, mientras escuchaba, comenzó a escuchar un sonido en la voz del vigilante que no había notado antes. El sonido era sutil, más parecido a una vibración que a una nota musical. Sin embargo, mientras lo escuchaba, comenzó a perder el sentido de dónde comenzaba y terminaba el sonido.

Poco a poco, el sacerdote notó que sus acelerados pensamientos y preguntas comenzaron a fundirse en el sonido; su conciencia fue atraída más y más profundamente dentro de su corazón. Y pronto, pudo sentir una absoluta dicha inundar su ser. De inmediato, se dio cuenta de que todo lo que había escuchado antes eran solo notas, solo sonido. Esto fue diferente. Esto, si se le puede llamar de alguna manera, debe ser el sonido del amor puro.

La noche pasó lentamente mientras el vigilante cantaba *bhajan* tras *bhajan* al Señor. Sin embargo, al mismo tiempo, sintió toda la velada como si hubiera ocurrido por completo en otro reino, como si, mientras el vigilante cantaba, el tiempo hubiera dejado de existir.

En la quietud de las horas previas al amanecer, el Señor regresó a su pedestal y retomó su posición habitual. Cuando el cielo del este se volvió de un profundo magenta, coral y dorado, el rostro del Señor Krishna se bañó con las primeras luces del día. El vigilante dejó de cantar y se postró en el piso en *pranam* completo ante el Señor. Todo este tiempo, había estado llorando lágrimas de alegría porque estaba unido a su amado Señor Krishna.

El sacerdote observó en silencio mientras el vigilante ofrecía *pranam*; notó que la luz del sol bailaba sobre el rostro beatífico del Señor Krishna. Una sola lágrima, una lágrima de profundo anhelo, rodó por la mejilla del sacerdote.

Esta historia está inspirada en un cuento popular de la India sobre el Señor Krishna.

